

ENTREVISTA A FÉLIX DUQUE, LA ESQUIZOFRENIA DEL CIUDADANO EUROPEO

DOMINGO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

DOMINGO HERNÁNDEZ. Quizá el mejor modo de comenzar esta entrevista, donde queremos examinar el concepto de ciudadano o ciudadanía, y más en concreto la posibilidad de una ciudadanía europea, sea concretar los orígenes del término, es decir, conocer su significado original, o, por lo menos, el proceso que ha seguido.

FÉLIX DUQUE. Obviamente, el concepto de ciudadano (*cives*) tiene que ver con la vida propia de la ciudad (*civitas*) y en la ciudad (*urbs*), frente a los valores y creencias propios de la vida en el campo, en el *pago* (de donde *pagano*). La contraposición es, como se ve, más romano-cristiana que griega, ya que para éstos la *pólis* no se limitaba a la ciudad, sino que se extendía a un territorio más o menos vasto, frente a dos modelos antagónicos: el Imperio del *basiléus* persa y los *barbaroi* de Europa, la Libia y la Escitia. Desde luego, la idea del *polités* griego poco tiene que ver con nuestro *citoyen*, hijo legítimo de la Revolución Francesa, con antecedentes próximos en la rebelión americana de 1776 y más remotos en la *Glorious Revolution* de 1688 y los coetáneos *Discursos sobre el gobierno civil* de Locke y, si queremos, en el *De cive*, de Rousseau. Y tiene poco que ver porque en la Grecia clásica se nacía libre (*eleútheros*), sí, pero por pertenecer a una *gens* y a una ciudad determinada, hasta el punto de que un hombre desterrado podía ser muerto por cualquiera en un despoblado (el caso más famoso, como es sabido, es el de Layo, muerto por su hijo Edipo, ignorante del parentesco). La *pólis* es un *ser vivo*, y por cierto el mayor (*megistón*) sobre la tierra, y los *politai* son sus miembros. Por el contrario, la Francia revolucionaria tiende a hacer de todo aquel que se oponga a la soberanía del pueblo una suerte de *neopagano*: por arriba, *l'infâme*, o sea los Príncipes y la clerigalla; por debajo, el *ignobile vulgus*, o la *canaille*, según el poco sutil epíteto propuesto por Voltaire. Por el contrario, siendo cada uno de los hijos de la *nación una e indivisible* libre por *convención*, o sea por un acuerdo *liminar* de todos (aun que se suponga la existencia *ab origine* del pacto como un

principio heurístico, el primer *postulado* social, por usar el término caro a Kant), si la revolución es triunfante sólo se podrá ser «ciudadano», ya que los «paganos» habrán sido, o convencidos, o ejecutados (ya se sabe: según Rousseau, la *voluntad general* obligará a quien no quiera ser libre a que lo sea: hay que ser libre *por necesidad*).

— ¿Es ésta la noción de «ciudadano» vigente en la actual Unión Europea?

F. D.: Cabe decir que sí y no, a la vez. Y por la misma contradicción que encontramos ya en los orígenes del concepto de ciudadanía. Ciertamente, tras la Declaración de Derechos de la ONU en 1948, la identificación entre «hombre y ciudadano», como ocurría en la declaración francesa de 1789, ha quedado matizada en buena medida (p. ej. en la Declaración Africana de Banjul, aceptada también por la ONU, se habla ya de los derechos de los hombres... y de los pueblos, y se exige el «respeto a los padres»), con lo cual se amplía el tenedor (de dos púas a tres): antes, la distinción —decimonónica— pasaba entre lo privado, extendido si se quiere más a la sociedad *anónima* que a lo propiamente social, y lo público, lo propio de la vida política, oficial. A grandes rasgos, la distinción se solapaba con la típica entre el *bourgeois* y el *citoyen*. El primero no dejaba de ser otro tipo, bien novedoso, de «pagano», en cuanto que sus particularidades, su especificidad, no estaban ya en la tierra ni en la sangre, sino en la propiedad y en el dinero. Pero bien que se distinguía, por un lado, de las clases bajas, y por otro de las demás sociedades, en conflicto *neohobbesiano*. El segundo era un sujeto de derechos y deberes, y detentador —con los demás miembros del cuerpo político— de la soberanía.

— Es en ese momento cuando una burguesía ya muy fortalecida entra en escena de un modo asumido por todos...

F. D.: En efecto, desde el momento en que la *Revolución de Julio* de 1830 dejó claramente sentado quién mandaba desde ahora: la burguesía, el concepto de

ciudadano empezó a perder color y sentido: lo público empezó a ser dirigido más o menos directamente por la industria y el capital, que puso a su servicio a la técnica y a la ciencia (no sé por qué estoy hablando en pasado, cuando esto es más patente ahora que nunca), nació un nuevo tipo de «hombre»: el *público*, destinado a cubrir con actividades lúdicas y recreativas el vacío dejado por el *citoyen*, y éste recibió todos los parabienes oficiales y teóricos según iba creciendo su falta de función, la sensación de *estar de más*. Esto puede ser una injusticia, por lo demás. Pero no una contradicción; ¿dónde se halla ésta, tanto en el concepto revolucionario del *citoyen* como en el del ciudadano de la Unión? En el primer caso, porque por una parte se exaltaba al individuo como *existencia viviente* del Estado (una idea llevada al extremo por Hegel) pero por otra se le exige que funda su voluntad en la *volonté générale*, y que se sienta tan sólo *enfant de la patrie*. Ahora bien, ¿cómo va a identificarse la generalidad abstracta —pues que hace abstracción de todas las particularidades— de la *Nation* con la existencia de la *Patrie*, es decir, de Francia? ¿Cómo se va a ser universalista *ad intra* y particular *ad extra*, a menos de intentar que todos los países acaben por ser como Francia? (algo que se le ocurrió nada menos que a Victor Hugo, ya en 1867). Al menos en el interior, la solución —precaria— parecía pasar por la distinción entre *sociedad civil* y la administración del *Estado*; sólo que con esto se exacerbaba la contradicción en el interior de cada individuo, el cual tenía que soportar a la vez ser un miembro de la familia —por nacimiento y parentesco—, de la sociedad —por trabajo—, una parte del «público» —según aficiones e intereses— y, en fin, el representante del Estado en su propia e inalienable persona —diríamos, remedando a Kant—, como se dice del Documento de Identidad (una identidad numérica, por cierto). Demasiadas cosas para un hombre solo.

— Todo esto revierte de un modo extremo en el ciudadano actual.

F. D.: Sí, las contradicciones inherentes al *citoyen* revolucionario se multiplican en el caso del ciudadano de la Unión Europea. Para empezar, porque ésta nació como una asociación libre *económica* (libre circulación de personas, capitales, mercancías y comunicaciones) y en buena medida sigue siéndolo, y además varios de los gobiernos que la forman y muchos ciudadanos de todos los países miembros quieren que siga siendo así: un Mercado Común donde los países ricos ponen sus fábricas, venden sus productos y, en cuanto se fumigue un tanto el territorio, van a hacer turismo.

A pesar de que se hable de «países *miembros*», como si tuviéramos algo así como una rediviva y flamante Confederación de Delos, y más: algo así como un *mégiston zoón* cuyos miembros serían los estados nacionales europeos, la verdad es que las competencias de éstos son tan amplias en lo social y en lo político como angostas y depauperadas en lo industrial y económico..., siempre que no esté en juego la

calidad de vida de las naciones participantes en el festín. No hay más que recordar la reciente desbandada de bancos, p. ej., en Irlanda, ante el advenimiento de la crisis económica, y los esfuerzos del Banco Central Europeo por poner un poco de orden en el *mare magnum*, mientras con el rabillo del ojo se observaba cómo iban las cosas en los Estados Unidos. Si incluso en lo económico, pues, no se acaba de digerir eso de «Europa» (una entelexía que parece saltar por los aires en cuanto se encienden las alarmas), ¿qué tipo de individuo será éste que, además de pechar con todas las características antagónicas anteriores, tiene que sentirse a la vez ciudadano checo (y ya no «checoeslovaco», por caso) y ciudadano europeo? ¿Dónde está la amalgama que pueda unir todo eso? El pensador optimista (o sea, para los más: un tipo ingenuo e iluso que vive del Estado dando clases, o sea: haciendo el vago) podría musitar, pues que apenas se atreve a decirlo ya en voz alta: «En la Educación y en la Cultura». O sea, en eso que prepara a las jóvenes clases improproductivas para que sus componentes sean por un lado un buen *bourgeois* (por arriba o por debajo de la cadena de montaje capitalista; y si no, que se lo pregunten a los dirigentes de un país donde la Educación se amanceba con la Innovación Empresarial) y, por otro, *público en general* (en el mismo país en que antes la Educación se aliaba con la Política Social y el Deporte, mientras que, ahora, el Ministerio de Cultura se apresta a identificarse con la Industria del Cine). ¿Dónde está el ciudadano, ese preciado principio (y hasta *príncipe, princeps*) de la legitimidad política y fuente del vínculo social? ¡Manes de Habermas! ¿Quién puede creer hoy de buena fe en el «patriotismo constitucional»?

— ¿Es, entonces, la ciudadanía europea un ardid retórico para persuadir de algo inexistente?

F. D.: Bueno, en alguna medida ha quedado ya contestada (quizá con demasiada desesperanza, quizá con un cierto *patetismo*) esa pregunta. Si aquí en España, y parece que en otros países «de nuestro entorno» (que es lo que se dice siempre, aludiendo —claro está— a Portugal, Andorra, Marruecos y Túnez), hay que enseñar en el Bachillerato: «Educación para la Ciudadanía» (parece que la vieja Filosofía ya no vale para tan preciado concepto, el cual ha de ser depositado en las sabias y prudentes manos de los científicos *sociales*), ¿cómo vamos a estar persuadidos de que somos «ciudadanos europeos»? Según lo dicho anteriormente, somos burgueses y «público» europeos, pues que —dentro del espacio Schengen— nos podemos mover sin pasar aduana, siempre que no atraigamos demasiado la atención de los guardianes estatales del orden público por nuestra etnia, fisonomía y atuendo, podemos poner nuestros capitales en bancos extranjeros (más difícil es que nos den crédito en ellos; ahora, en ninguno: hemos ganado en igualdad democrática bancaria), y sobre todo consumir en los países por donde vayamos. También, desde luego, cultura y deporte. Ya está. ¿Qué tiene que ver todo con la ciudadanía? ¿Dónde están siquiera los partidos de ámbito europeo (me refiero a partidos políticos, no de

fútbol), más allá de débiles estrategias conjuntas a la hora de votar en Estrasburgo?

— En Atenas o en la Francia posterior a 1789, el término ciudadano representaba, con sus diferencias, un concepto muy claro, y enfrentado a distintas clases o estamentos en el caso ateniense, por ejemplo, y pretendidamente homogeneizador en el caso francés. ¿Cabe algo similar en la Europa de nuestros días, o es utópico, dadas las divisiones económicas existentes?

F. D.: La primera parte (como suele ocurrir en las entrevistas) ya está más o menos contestada, porque uno arranca como profesor novel entrando en la arena de la revista, y luego va perdiendo fuelle. Con respecto a la segunda parte: la Europa de nuestros días, la homogeneización del término «ciudadano» se va desinflando a medida que se expande, desatenta, la Unión Europea, por intereses en buena medida espurios y hasta contraproducentes para la pujanza y cohesión de la Unión. No se trata sólo de divisiones económicas, sino —perdón por la incorrección política, y polémica— de *bloques étnicos*. Normalmente, cuando decimos «Europa» solemos pensar en términos de Europa Occidental, con el eje Francia-Alemania, el acorazado británico mirando al Atlántico, y los países «de ese entorno». Ya en este conglomerado las diferencias son notables, y no sólo económicas, sino históricas. Esos Estados nacionales son hijos del Congreso de Viena, construcciones históricas más o menos amalgamadas interiormente a fuerza de mitos de identidad y *fets diferenciales*, que diría el otro. Sigue siendo válido, ay de mí, lo que Joseph de Maistre, el distinguido reaccionario religioso, dijera en sus *Considérations sur la France* (1796): «En el mundo no existe algo así como el hombre. A lo largo de mi vida, he visto franceses, italianos, rusos, etc.; gracias a Montesquieu, sé incluso que se puede ser persa; pero por lo que hace *al hombre*, declaro no haberme encontrado con él en mi vida». Y si, volviendo a 1789, *l'homme est le citoyen*, pues difícilmente con eso vamos a crear una Europa unida.

¿Cómo pasar de las particularidades cualitativas a una universalidad cuantitativa, aceptada en lo económico más o menos por todos (pues los que murmuran es porque todavía no se ven suficientemente universales, contra lo prometido: que ya eran *européens* y, por tanto, en camino de ser *hombres de verdad*, como los norteamericanos), y rechazada en lo político y cultural incluso dentro de los Estados miembros, con «naciones irredentas» que están deseando ser independientes... para gozar mejor del pastel económico europeo, aunque ahora quizá se lo piensen un poco, en vista de la crisis? (Ya se sabe: en tiempos de tormenta no hacer mudanza; no sé si se cree hoy en algunas zonas de la Península en España, pero sí que muchos vuelven el rostro, gimiendo y llorando, al Banco de España, al igual que, como *público*, vuelven su rostro, gritando y gozando, a la Selección de España; ¿qué despierta en cambio, sino a lo sumo indiferencia, la etiqueta *Gobierno de España*?).

— ¿Tiene sentido, entonces, hablar de conciencia de una ciudadanía europea en un mundo globalizado? ¿No estaríamos hablando de otro tipo de nacionalismo?

F. D.: Si se lograra (cosa cada vez más lejana, me parece), claro que estaríamos hablando de un nuevo tipo de «nacionalismo», al igual que el tejano cree sin embargo en *The Union*, gracias a un cuidado equilibrio entre las diferentes funciones del poder y de las instituciones: el *Check of Powers*. El problema, obviamente, estriba en cómo armonizar el sentimiento de ciudadanía dentro de un Estado en el que muchos parecen creer sólo cuando hay fútbol, lotería o cataclismos más o menos naturales (algún mal pensado va a creer que estoy hablando de lo mismo), mientras, salvo en los casos del ya mentado *fet* (como en Escocia o en Bretaña, o en Eslovenia y hasta en Kosovo: acrisolados ejemplos estos últimos de lo que debe ser un verdadero Estado nacional independiente y miembro —presente o futuro— de la Unión), a nadie parece importarle mucho, ya no digamos dónde vive y cuáles son sus raíces (dada la amalgama de forasteros e inmigrantes), sino si Europa es o no es un proyecto sugestivo de vida en común, y un plebiscito cotidiano. Un ejemplo: en el Eurobarómetro de noviembre de 2008, en plena crisis, las preocupaciones de los ciudadanos de la UE fueron, por la cabeza: el crecimiento económico (51%), el paro (49%) y la inflación y el poder adquisitivo (47%); por la cola, ya podemos adivinar qué es lo que no quita el sueño a los europeos: el papel de la UE en el mundo (17%); los poderes y competencias de las instituciones europeas, la identidad y los valores europeos, y el mantenimiento del modelo social europeo: estos tres rubros han merecido lo mismo: un 13%.

— ¿Y cuáles crees que son las razones a las que obedecen tales cifras?

F. D.: ¿Razones? Entre otras, la esquizofrenia del «ciudadano» europeo. Por una parte, se acrecienta el individualismo *narcisista*: todo el mundo afirma tener su propia opinión, que en las encuestas se presenta agresiva o festivamente como falta absoluta de opinión en todo lo tocante a política, a Europa, al Parlamento y la Comisión europeos, etc. Por otra parte (conectada con la primera gracias al genial invento del *blog*, con lo cual todos podemos ser «formadores de opinión»), medra y se diversifica hasta extremos verdaderamente sutiles la formación de «públicos», cada uno con sus particularidades *urbi et orbi*, gracias a Internet, a la TV, a los viajes agenciados por Agencias, etc. Así que, de un lado sí tenemos al «ciudadano» *general* defendido por Rousseau: todos iguales, todos obedientes a una misma ley homogeneizadora, a saber, la ley tautológica que dicta: *Todos han de ser iguales, con tal de que gocen y consuman* (por cierto, dado que el Estado y su *volonté* estaban hechos de la *sustracción* de toda particularidad de los otrora súbditos, no deja de parecerse el narcisista actual al *citoyen* virtuoso: éste mataría y moriría por su Patria; el narcisista no llegará a tanto, pero seguirá presumiendo de ser ÉL, O ELLA: «ciudadano» y «ciudadana» (¿para cuándo

las otras amalgamas genéricas?). Y del otro lado tenemos al «ciudadano» *liberal* con el que soñaran un Edmund Burke o un Tocqueville: sólo que ahora sus raíces no se limitan a ser parte de una tradición o miembro de un club o de una asociación deportiva o religiosa (o de lo que sea), sino que extiende las raíces cual rizomas hasta cubrir el haz de la tierra: ¿qué mejor *Weltbürger* o «ciudadano del mundo» que el adepto al *chat* o el *bloguero*?). Por cierto, también aquí se agazapa, insidiosa, la contradicción entre lo universal y lo particular: pues para ser de verdad cosmopolita hay que hablar y escribir en inglés y tener la cabeza llena del *show business* americano. ¿Qué se quiere? También Camille Desmoulins decía: «Tenemos la cabeza tan llena de griegos y romanos que todos nosotros nos hemos convertido en republicanos de colegio». Pues eso vamos siendo todos nosotros, el variopinto y gayo «público» de hoy: ciudadanos de *college*.

- ¿Y si vinculamos todo esto al tema educativo, pensando, por ejemplo, en las polémicas actuales? ¿Es posible educar en la ciudadanía europea? O, expresado de otro modo: ¿Cómo y desde dónde debería llevarse a cabo dicha educación, y quién habría de ser responsable del proceso?

F. D.: De nuevo, veo que lastimosamente me he ido adelantando a las preguntas. Yo no creo que se pueda educar a nadie para ser *ciudadano de tal o cual sitio* (España o Europa). Uno puede encontrar valores tales en la política cotidiana, en la adscripción a una determinada propuesta ideológica, en la asociación pequeña para defender a pie de calle, de barrio o de ciudad, una calidad de vida digna frente a los atropellos del poder (muchas veces, político *de altas esferas*). Y uno puede ver refrendado ello tomando unas copas en el bar o taberna de guardia, yendo a determinados locales y, en suma, creciendo en la diversidad. Uno, desde luego, puede llegar a ser de veras ciudadano si es capaz de admitir al *pagano* (el inmigrante de otra etnia o religión), dejando manifestarse a la vez al *pagano* oculto que sigue alentando en él. Si es capaz de tener la paciencia y la humildad de escuchar al otro *porque es otro*, no porque se le parezca. Y uno debería poder ver crecer la cultura como la hierba: de abajo arriba, alimentada por la lluvia y el agua de los ciudadanos (cada vez menos parte del «respectable público») y fecundada por el sol cálido de las plurales culturas europeas: mediterránea, nórdica, eslava, musulmana. Uno debería ver cómo las regiones históricas —ya agrupadas por intereses económicos y culturales— son protegidas y fomentadas por los respectivos gobiernos, siguiendo el *dictum* de Fichte: «La función de todo gobierno consiste en llegar a abolir el gobierno». Uno debería, en suma, poder ver alguna vez algo que sabe que nunca verá.

Así que se retira quedamente, pensando una y otra vez en la profecía de Nietzsche: llegará un día en que Europa no existirá (o existirá de nombre, como Centro de Consumo, Parque de Atracciones del Pasado y Asilo Gerontocrático), pero seguirá viviendo en una treintena de libros: los *clásicos*. Quizá haya llegado ese día. Y ya tenemos los clásicos: digitalizados y en los idiomas dominantes. Sólo falta que alguien los lea y saboree como antes Nietzsche, y Hegel, y Heidegger.

- Félix, ¿y el manido tema de la «memoria» y otros similares, tan de moda hoy? ¿Ayudan a configurar esa ciudadanía o por el contrario contribuyen a obstaculizarlos removiendo aspectos de la historia que se creía enterrados?

F. D.: El tema de la memoria merecería de suyo un ensayo. Aparte de confundirse los recuerdos con la memoria, ésta aparece como una herida abierta, cordial y todavía supurante, frente a la fría objetividad de la Historia, que entierra el pasado y lo archiva. Pero a su vez, cuando la memoria viene alimentada y azuzada artificialmente y porque «toca», su potencial emotivo y performativo puede convertirse en un arma peligrosa, y servir como coartada de los desmanes del presente. En 1995 habían pasado 50 años de la liberación de Auschwitz y pocos hicieron caso de ello. Estaba demasiado cerca la «memoria» de la caída de la URSS y del «socialismo real», como para traer a la memoria esos hechos. En 2005, a los 60 años del evento (como se ve, los números se dejan hacer), en plena guerra de Irak, con cientos de miles de muertos, Guantánamo y Abu-Ghraib, Bush y señora se van a Auschwitz a echar flores sobre las vías del ferrocarril que llevaba a ese matadero, y de paso convencen a un obediente gobierno polaco para que haga de doble «cortina de aluminio» protoatlántica entre la Rusia neozarista y la «vieja» Europa. Jugar con la memoria puede ser tan sucio y peligroso como poner minas en el suelo. Ambas están enterradas, y alguien puede incitar a que se pisen.

- Quizá no tenga demasiado sentido plantearte esta última pregunta, después de lo que ya has comentado, pero me gustaría concluir con ella: ¿Ha cambiado algo en tus opiniones desde Los buenos europeos (Félix Duque, Los buenos europeos. Hacia una filosofía de la Europa contemporánea. Premio Internacional de Ensayo Jovellanos 2003. Oviedo: Nóbél, 2003)? Es decir, si tuvieras que hacer una edición aumentada del libro, ¿añadirías algo?

F. D.: Claro está. De la segunda parte, lo cambiaría TODO. De la primera, nada, porque es erudita. Y eso, ¿a quién interesa, salvo a los alumnos de una asignatura optativa?